



DANIEL BENDE

## las cartas de figari

LUIS Eduardo Pombo, bajito, de voz cascada por cuatro cajas diarias de cigarrillos negros, hombre cultísimo, pura sensibilidad y pasión, conversador chispeante lleno de mil anécdotas, integró la dorada élite intelectual de los años 30. Profesor, crítico de teatro, música y artes plásticas, fue amigo de cuanto artista ilustre pasara por estas tierras y ahora vive en una suerte de retiro voluntario, rodeado de libros e incanjabales sus recuerdos de un pasado brillante y su increíble "pomboteca", colección de cuadros en la que figuran retratos suyos hechos por Siqueiros, Petrucci, Laborde, Espinola Gómez, lunas de Cúneo, Berradas, etcétera.

No es extraño que a este personaje le fueran confiadas una serie de cartas inéditas de Figari dirigidas desde París a su amigo Teodoro Buxareo y Reissig, que Pombo dio por primera vez a conocimiento el año pasado con motivo de una importante exposición. La conferencia es una cálida aproximación a la persona de Figari a través de esas cartas, matizada por inteligentes comentarios plenos de afecto por el tema, la época y las personas involucradas. Aparece con toda claridad el Figari educador, fundador de la Escuela Industrial, dolido por su sueño fracasado, "con pensamientos candentes de vigencia hoy día", como dice cariñosamente Pombo: "... Ya se comprenderá muy pronto que no basta el cotarro

por brillante que sea y muy literario para cimentar la cultura y la economía pública, pues se requieren más que nada el formar hombres y mujeres capaces de actuar en la producción, en el aprovechamiento de las riquezas nacionales particularmente y de concurrir educando a la prole y elevándola, en una campaña desmantelada, para hacer patria, que es hacer de la tierra propia, lo más auspicioso y digno que fuera posible." (París, 30 de abril de 1923.)

Otras cartas o párrafos aislados nos muestran la desilusión de Figari frente a la indiferencia inicial de los uruguayos por su obra, teniendo que agradecerle a los argentinos el primer gran espaldarazo, dado en su exposición de 1921: "Sigo trabajando me diría en estado de sonambulismo, los ojos y el cariño puestos sobre los asuntos del Río de la Plata, bien que enclavado en el corazón de París. Mis compatriotas me olvidan y me omiten: es algo que no se explica. Los argentinos son más humanos y afectuosos conmigo." (París, enero de 1923.)

Comentando alborozado el éxito de su exposición de París, vuelve a expresar el mismo sentimiento de reproche:

"[...] Cómo no estar satisfecho de haber podido con los temas del terruño, que los mejores artistas nuestros consideraban desprovistos de interés, despertar por aquí, en el alma de los sectores más refinados y competentes, un valor de tan alto precio?" (París, junio de 1931.) Seguramente este amor por "los temas del terruño" sea lo más rescatable, lo más vigente hoy, una de las lecciones más profundas de Figari, y no del todo bien comprendida. En una carta de felicitación por el nacimiento de la primera nieta de su amigo Buxareo, pregunta con entrañable nostalgia:

"[...] Quisiera saber, si han habido roscas en las fiestas, de aquellas con grasa que se estableban, con mate, allá por los tiempos de mi mocedad. No deje de describirme todo esto cuando me escriba dándome cuenta al mismo tiempo del ambiente y de los humos de señoras de Chiffon (la hija). Háblame de las tías y de la flamante abuela: todo esto podría ser tema para un cuadro documental."

Es sabido y divulgado por innumerables estudios sobre la vida y obra del pintor, de los cuales Pombo cita únicamente un juicio clarísimo de Herrera MacLean, que Figari toma de entre los recuerdos de su niño: "los motivos de su mejor obra, no encontrando mejor vehicu-

lo para expresarse que la cálida paleta impresionista, rescatando, tamizada por la nostalgia, "las doradas horas de la infancia". En una carta dirigida esta vez a la hija de Buxareo, luego de la muerte del hijo (Juan Carlos Figari), declara concluyentemente: "Tenemos ahora días brumosos y tristes y supondrá que con las amarguras que se han apoderado de mi alma, después que tuve la inmensa pérdida, ni quiero mirar hacia afuera para no entristecerme y me refugio en mi vida interior, animada felizmente por las visiones de mi infancia y de mi adolescencia tan lejanas y que puedo ver así magnificadas."

Cuenta Pombo una querida anécdota de Figari que revela su cariño por los negros, cuyas costumbres y bailes documentará para siempre en sus óleos con infinita gracia y ternura: el "Niño Pedro" tenía una sirvienta morena de ampulosas caderas que todos los días servía el almuerzo. Figari le tamborileaba sobre la mesa un cardombe y la negra, un poco por hacerle gracia y otro poco por no poder contener el cuerpo, se cortoneaba toda ante el pánico de los mayores por la suerte de aquellos platos y fuentes que peligraban en sus brazos.

También en una de las cartas citadas más arriba, Figari recuerda a los negros, aunque esta vez con relación a su particular estado de espíritu, algo deprimido y tristonjo por los diversos encontronazos que sufrió en la madurez: "[...] Yo que me he acostumbrado a ver el mundo por dentro, a fuerza de ser azotado y tener que esconder las narices, he concluido en ser algo así como los negros, que logran reír hasta cuando los vapulean, que lo es y considerable. Si no lo ha visto lo verá, pues pocos son los que escapan a la ley del va pulero."

La conferencia de Pombo y el texto completo de estas cartas, fueron publicados en la "Revista de la Biblioteca Nacional" N° 3 (estos días en venta en la Feria de Libros y Grabados) que contiene además las crónicas de viaje de Jorge Peabody en su visita a Montevideo de 1859, más el índice analítico de la revista "Plumas" (1824-1831).

Termina Pombo su carta con un fragmento de carta de Figari enviada poco antes de su regreso a Montevideo, sencilla pero digna de ser meditada en profundidad como un mensaje de poética: "Tengo estos días grandes deseos de oír hornos, zorzas, calandrias, y la deliciosa ratonera... nuestro ruseñero".